

## Doce Cuadros de la Naturaleza

Por Joaquín Antonio Uribe

*(El 28 de septiembre del 58 se cumplieron cien años desde el nacimiento de este ilustre colombiano que supo aunar las ciencias naturales y la literatura de una manera singular y exquisita. La Revista de la Universidad se asocia al homenaje que Colombia rinde a su memoria y transcribe para regusto de sus lectores algunos capítulos de su admirable obra "Cuadros de la Naturaleza").*

### I - LA GUADUA

Describiendo Linneo las gramíneas, las calificó de "plebeyas, campesinas, pobres, enclenques, vulgarísimas" y muchos más adjetivos denigrantes que, con injusticia científica, les prodigó muy seriamente. De seguro, el insigne naturalista no tuvo noticia de la Cañabrava esbelta, el Popo montaraz, el Chusque dominante, la Guadua majestuosa. Sin embargo, estas plantas son verdaderas gramíneas, soberbias, magníficas, de airoso tallo y riquísimo follaje.

Las Guaduas —*Guadua angustifolia*, de los sabios— son, en efecto, un prodigio de belleza, y el botánico-turista sabrá apreciarlas debidamente si las ve crecer espontáneas en su propia patria, ya sea en los flancos inferiores de los Andes en forma de inmensas agrupaciones —a modo de repúblicas vegetales— en los cuales lucen su pompa tropical y resisten victoriosas a los vientos desencadenados de la Cordillera; ora en las llanadas amenas de los valles ardientes, a orilla de las aguas caudalosas, donde se levantan altivas compitiendo en imponente gallardía con el circunvecino bosque, o se inclinan y mojan su cabellera de esmeralda en los remansos cristalinos.

A veces en el bosque derribado por el hacha del montañés, si cunde el incendio preparador de la roza, se las oye detonar con retumbos que semejan descargas de cañón entre el fragor de una batalla.

Frecuentemente, de ambas riberas de un riachuelo se alzan Guaduas que se inclinan, acercan sus cabezas y se topan; las enredaderas silvestres trepan por las robustas cañas y se forman graciosos arcos de donde cuelgan oscilantes racimos de flores. Allí se instalan colonias

de variadas Mariposas; revolotean Libélulas de alas de gasa, rojas y azules; fabrican su nido millares de pájaros cantores, y corretean las Ardillas de color de fuego, que transitan audaces por aquel puente fantástico de arquitectura inimitable.

Las emanaciones del gradual saturan el aire de perfumes cálidos y excitantes, apreciados apenas en lugares como aquél y que sólo logran aspirar los hijos fieles de la naturaleza, ya el minero intrépido que persigue el oro en las arenas, o el cazador audaz que corre tras las Nutrias y los Lanchos hasta sus cuevas de piedra. Los que aborrecen el sol, el aire libre, que olvidan nuestro albergue primitivo —el bosque— se embriagan, entre tanto, en retretes asfixiantes, con el aroma afeminado de la Rosa coqueta y del soporífero Jazmín.

Siempre suspiro por las selvas vírgenes de mis montañas. Sea este recuerdo el testimonio de que no las olvido.

La Guadua es de los vegetales más útiles que ofrece al habitante de estas comarcas la exuberante Flora que nos rodea, tan pródiga como opulenta. Imaginad un hombre solo, aislado en medio de los bosques donde quiere fijar su morada. Sus miradas y su esperanza se fijarán instintivamente en el vasto gradual, donde rumores misteriosos le embelesan e incitan al trabajo.

Ante todo, necesita habitación. —Allí está el material para la casa, para los postes, las paredes, el piso, el techo, las tejas, las puertas, las ventanas, los cercos, los zarzos y mucho más.

Le falta el mueblaje y muchos utensilios caseros de que no puede prescindir. —Pues fabricará armarios, camas, asientos, mesas, bancos, escaleras, y luego, según su habilidad y gusto, tarros, platos, vasos, ollas, cuchillos, tenedores, pipas, canastos, cajas, etc.

¿Con qué adornará su casita rústica? —Tiene material a propósito para construir jaulas para aves, macetas para plantar las hierbas preferidas y un hermoso surtidor en el patio del jardín; y ¡qué floreros tan artísticos ejecutaría su hija, con dibujos de colores extraídos de la selva!

Todo es de Guadua. Con ella construirá también arcos, flechas y lanzas, que utilizará en sus frecuentes cacerías; puentes comunes y arqueados, para salvar arroyos y precipicios; balsas para recorrer el río; canoas para conducir el agua al través de las colinas. ¿Puede pedir más?

Con tarros de esta caña fabrican los negros de nuestra costa del Pacífico un instrumento músico, la **marimba**, a que arrancan, en sus noches de jaleo, ayes tristísimos, de salvaje melancolía; quizá reminiscencias de sus chozas africanas.

Los turiones o yemas que se desarrollan del rizoma de la Guadua, son alimenticios y se les como en encurtido; su cubierta aterciopelada suele emplearse como pantalla entre gentes campesinas. Los cañutos contienen, con frecuencia, agua potable y suave al gusto; único refrigerio, a veces, del sediento viajero en las bargas ardientes de nuestros valles.

El labrador inteligente debe ver en el gradual de su cortijo un vasto taller donde se forjan los artefactos de primera necesidad, y

como un depósito inagotable del cual puede extraer cuanto es preciso para vivir, si no con lujo, al menos con la modesta holganza y la tranquilidad del patriarca primitivo.

## II - LAS PULGAS

Coetáneas del pecado original y del pudor —que fue consecuencia precisa de aquél— son las Pulgas. Debieron de hacer su estreno en el teatro de la sociedad humana en compañía de las Tentaciones, sonrosadas y malignas, resguardándose juntas en las túnicas de pieles de nuestros primeros padres.

Desde el Edén sostienen las Pulgas guerra sin tregua ni cuartel contra el Hombre. En ambos beligerantes abundan las condiciones que requieren los pueblos guerreros: constancia, estrategia, intrepidez. Conozcamos nuestros enemigos.

El nombre de pila que le impuso a la Pulga, Linneo, pontífice supremo de la ciencia, es **Pulex irritans**.

Consta en maravillosos pergaminos, sacados a luz del misterioso archivo de la naturaleza por Fabricio, de Blainville, van Beneden, P. Gervais y algunos otros, que el cuadro genealógico de la Pulga es como sigue; tipo de los antrópodos, clase de los insectos, orden de los dípteros, familia de los Pulicidos.

Entre los secretos del código de su raza, que conocemos gracias a la indiscreción de los zoólogos citados, llama la atención el ser tan singular insecto díptero áptero; paradoja anatómica, sin duda, porque tal expresión equivale a ésta: es un animal provisto de dos alas y que carece de ellas. Lenguaje apocalíptico pero propio de la Ciencia.

Cuatro transformaciones o estados constituyen la metamorfosis del **Pulex irritans**, a saber:

1º - El de **huevo**. La madre-Pulga pone diez o doce huevos que oculta cuidadosamente en el polvo y la ropa sucia, las hendiduras de los pisos, los nidos de las aves domésticas, etc.

2º - El de **larva**. Los huevos se empollan en pocos días y nacen unos gusanillos blanquizcos, escuálidos, cilíndricos, con sus anillos adornados de pelos. Las hembras cuidan de estas larvas con solicitud y cariño maternales, que recuerdan el esmero de las Palomas con sus pichones.

3º - El de **ninfa**. Las larvas hilan y tejen sendas envolturas sedosas o capullos en que se encierran y permanecen cierto tiempo, no adormecidas propiamente sino como muertas.

4º - El último estado es el de **imago**. Rompe la Pulga su féretro de seda y aparece transfigurada, altiva y triunfante; viste luciente y metálica armadura y su aspecto es osado y agresivo. Llena de coraje e impulsada por atávico rencor, empieza desde luego su ruda y arriesgada campaña contra el Hombre. A esta guerra, sostenida ya por sus mayores, consagra la Pulga sus energías y tesón característicos.

La evolución orgánica a que me refiero dura en nuestros climas como una quincena.

La Pulga es, en razón con su tamaño, el animal conocido que tiene más fuerza; es también prodigiosa su aptitud para saltar y parece que vuela cuando recorre de un salto algo más de un metro en un plano horizontal. Un Caballo, en la misma proporción, tendría que saltar como un kilómetro; como del atrio de San Ignacio al de San Juan de Dios, en Medellín, próximamente.

Como inteligentes y educables, las Pulgas sobrepasan a lo que nuestro orgullo se digna conceder a los animales que llamamos con desdén irracionales. Se les enseña, con provecho, ejercicios complicados que se prestan para interesantes espectáculos en el Viejo Mundo; porque, dicho sea de paso, tales exhibiciones sólo se conocen en países civilizados, como Francia, Alemania, Inglaterra, donde hay ingenio, riqueza y gusto por lo extraordinario; en esta tierra, que nos tocó en suerte, las Pulgas sólo nos escuecen, nos muerden y nos sangran: aunque sabias, no nos enseñan.

Una Pulga educada, saca agua de un pozo en una vasija pequeñísima, suspendida de un hilo, mediante un juego de poleítas, artísticamente dispuestas; una partida de varias decenas, armadas con lanzas de madera apenas perceptibles, se dispersan en guerrilla y hacen variadas evoluciones militares; dos o más de ellas arrastran con destreza y gallardía una diminuta carroza en que viaja de recreo alguna señorita-Pulga con su séquito de amigas, todas presumidas, pomposas y contentas.

A pesar de su soberbio árbol genealógico y de sus humos de aristócrata, emparenta la Pulga con un insectillo de ruines antojos y de hábiles plebeyos: la Nigua, a la que denominó Linneo **Pulex penetrans**. Mientras la Pulga se pasea por los hombros condecorados de los sabios y los príncipes, o se adormece ebria de sangre sobre el tibio y albo seno de las reinas, la Nigua se establece en los talones o los dedos de los ociosos, los vagabundos y los pillos.

Mas no seré yo quien la desprecie. Debémole, los patriotas, un recuerdo de cariño, y la Historia una línea siquiera en sus páginas de oro. Sabido de todos es la inquina de aquel animal por los extranjeros de raza blanca no aclimatados, y la situación miserable a que éstos llegan invadidos por tan importunos parásitos.

Cuando la causa de la Independencia colombiana se vió, en 1818 y 19, casi perdida en los Llanos que riegan el Orinoco y sus caudalosos afluentes, las Niguas se declararon contra el Rey e incapacitaron totalmente gran parte del ejército de éste para batirse con los bravos insurgentes en la pampa desierta, áspera y caldeada por el sol de nuestra zona.

Aquellos pequeños enemigos de la tiranía merecen, pues, nuestra gratitud y un saludo de quien lea estas líneas.

¡Hurra por el **Pulex penetrans**!

### III - LAS HORMIGAS ARRIERAS

En el orden maravilloso de los himenópteros, se clasifica cierto insecto, muy común en las tierras calientes y templadas, llamado co-

munmente Horniga arriera. Pertenece al género **Oecodoma** de los zóo-logos, y se hace notar por sus devastaciones, ruinosas a veces para el agricultor.

En ellos hay, como en otros artrópodos de la misma familia, cuatro suertes de individuos: los **machos**, provistos de alas, encargados solamente de la fecundación de las hembras, y que, terminada la época de los amores, perecen todos; las **hembras**, también aladas, cuya misión es poner los huevos, concluída la cual se despojan de sus arros de insectos voladores y mueren pronto; gran número de **obreras** ápteras y sin sexo, que son la inmensa mayoría de esas hermosas agrupaciones de animales pequeñísimos que dan ejemplo al Hombre de actividad, constancia y armonía social, y un verdadero ejército de **soldados** prontos a sacrificarse por el bien de la colonia. Las neutras son las que trabajan incansables, las esforzadas y tenaces; las que mantienen muy alto el honor nacional en el gran rol de los insectos; son, en fin, los inteligentes y probos ciudadanos de esa prodigiosa república que se agita silenciosa bajo las hierbas perfumadas de los campos, entre las ramas de los árboles floridos y en la sombra de sus oscuras y subterráneas mansiones.

Elevados y pintorescos montecillos de tierra arcillosa, denuncian, bajo los árboles, la morada artística e imponente donde la **Oecodoma cephalotes** reside de ordinario, y que es una vasta ciudad escondida bajo el suelo y defendida por poderosas fortalezas que, con esfuerzo heroico, construyeron los titanes de ese pequeño pueblo diligente y valeroso.

El **Homo sapiens** —así se ha llamado presuntuosamente el Hombre— ha excavado los Laberintos antiguos, las Catacumbas de Roma, las profundas galerías de las minas de carbón en Inglaterra, los túneles de los Alpes, y otras obras de esta clase que son la admiración de la historia; pero es preciso que sepa que esas construcciones de que tanto se envanece, al lado de las de los ingenieros himenópteros, son bagatelas o juegos de niños, si se atiende al tamaño y la fuerza relativos.

Si abandonamos ahora los encantados palacios de esa nación civil y enérgica, veremos al través de la pradera herbosa y húmeda, sus caminos bien trazados, cómodos y limpios, que conducen al lejano bosque, a la plantación de algún colono o al jardín de fértil granja.

Por esa senda transitan, ordenadas, las Arrieras en busca de las hojas que constituyen su alimento. ¡Qué disciplina, qué silencio! Unas mandan, y las demás trabajan con ardiente afán, porque obedecen a la ley de su raza: el cumplimiento del deber. A su paso, apenas se estremecen las florecillas de los lados del camino; unas vienen con la carga, otras van en su solicitud, y, al encontrarse, se saludan obsequiosas; si una no puede con el fardo que conduce, otra más fuerte le presta su ayuda con espontánea y generosa intervención. Mientras tanto, el "Rey de la creación" —verdadera bestia hominiana— asesina a su amigo por arrebatarle una nonada o hacer alarde de valor.

Pasado aquel día, ¿qué habrá sido del frondoso Naranjo, o del oloroso Limonero, orgullo del huerto y de la arboleda, donde las Hornigas encontraron abundantes provisiones? El labrador a la oración,

de vuelta a su cabaña, mira su árbol favorito con despecho y con tristeza: sólo quedaron el tronco y las ramas, pero ni hojas ni yemas; su silueta esqueletuda se dibuja melancólica en la semiclaridad del cielo.

El hombre declara entonces guerra a muerte al hormiguero, lo arruina, lo destruye. Sin embargo, ese pueblo modelo, virtuoso y abnegado, sólo ha cumplido con su deber: la lucha por la vida.

Y en esa lucha batallan, como las Hormigas, las Abejas, los Buitres, los Leones; los seres de la creación desde la célula al cetáceo. Todos trabajan armónicamente para llevar a cabo las altas miras de la naturaleza. Sólo el Hombre es una nota discordante en el sublime concierto, una mancha en el inmenso cuadro de la vida universal: el rencor, la soberbia, la pereza, le apagan en sus sienes los resplandores de la razón y le hacen odioso ante todos sus hermanos de la gran familia edénica.

#### IV - EL COCUYO DE AGUA

He sido siempre, por inclinación natural, inconstante y adorador de ideales desconocidos o, por lo menos, indeterminados: algo así como un Quijote con nostalgia de la Mancha y exótico en estas morenas y malaventuradas sierras.

De ello vino mi afición a un insectillo acuático que abunda en los remansos de los arroyos que riegan mi valle nativo. Lo recuerdo muy bien: a la sombra de los Dragos, los Sietecueros y los Chagualos. Allá le llamábamos, los rapaces amigos del baño y de la huelga, Cocuyo de agua. Pertenece al orden de los coleópteros, tribu de los hidrocántares, familia de los carniceros, científicamente **Gyrinus andicola**.

Nada este insecto con rapidez sorprendente y gira al rededor de puntos ignotos recorriendo curvas cuyo centro no determinaría un geómetra; tiene el cuerpo casi elíptico y de 8 a 10 milímetros de longitud; es de color negro brillante y vive en agrupaciones de varias decenas en las aguas corrientes, limpias y tranquilas.

A veces, cuando la alegre estudiantina, en horas de recreación, se entretenía en espiar los Cucarroncitos de oro y las sedosas Arañas bajo los Fresales en cierne y las Violetas silvestres, o en perseguir las esquivas Libélulas en los bordes de los estanques, yo me zambullía en el cristalino remanso de la quebrada en solicitud de mis compañeros, los simpáticos Girinos.

¿Qué hacían aquellos pobrecillos amigos, nadando siempre con raro frenesí? Yo no lo sabía. Partían rizando suavemente la superficie del agua; a veces se sumergían en ella y luego daban grandes saltos o vuelos en el aire, pero siempre con sus vueltas, describiendo como órbitas más o menos extensas y complicadas en su marcha. ¿Qué les atraería? Sería alguna hada misteriosa, que yo no podía ver, la que fascinaba a aquellos loquillos coleópteros? ¿O sería alguna fuerza magnética especial que les impulsaba de un modo irresistible a seguir un camino indefinido, vago en apariencia? La poesía de lo incógnito les daba, a mis ojos, un encanto seductor.

Pero un día ¡cómo fue mi tristeza!, el desengaño me aterró. A fuerza de observaciones persistentes, se aclaró el misterio y supe la ver-

dad prosaica y seca: aquellos insectos que lucían, bajo el esplendoroso sol, el brillo metálico de sus bruñidas armaduras: que tienen ojos cuádruples, dos con que sondean el elemento líquido y dos con que vigilan en las regiones del aéreo; que trazan líneas caprichosas y prolongadas como en solicitud de algo misterioso; aquéllos que yo amaba con ideal cariño, sólo viven a caza de gusanillos, larvas y restos animales que constituyen su alimento. Hacían lo que las Arañas, que tendían sus hilos entre los arbustos y hierbas de las orillas; lo que las Hormigas que por ahí construían sus palacios subterráneos; lo que el mundo animal entero que quiere siempre ponerse a cubierto contra la necesidad de sostener la vida.

Y tal es el Hombre. Sus más altas y bellas concepciones no tienen por meta la gloria, ni mucho menos. No. Sus ideales, por osados que parezcan, se remontan al cielo para luego descender en busca de la "miserable pitanza"; de la prosaica "comida" que le atrae y le retiene entre el enjambre de los siervos del estómago.

## V - EL CERDO

Hay un mamífero aborrecido por "un pueblo que es hoy fábula y ludibrio de la tierra" y que, sin embargo, es la alegría de los cortijos, la esperanza de los miserables y el deleite de los cortesanos de la Gula. Este animal es el Cerdo, *Susscrofa var domesticus* de los zoólogos.

No es indígena de nuestra patria: debemos su introducción a los compañeros de Belalcázar, a principios del siglo XVI, quienes lo importaron de Quito o de regiones más meridionales.

Se le llama por aprobio, Marrano, Puerco, Cochino, y con no sé que más apodos injuriosos. El oye con desdén a sus denigrantes enemigos; gruñe humorísticamente, y, con filosófico estoicismo, aguarda la hora de ofrecerse intacto como víctima de la glotonería de los que de él se mofan inconscientes.

No adularía yo al cerdoso bisulco —de quien poco o nada espero— pero sí haré su defensa en lo que se refiere a ciertos tópicos aceptados generalmente y que, a pesar de ello, son inexactos.

No voy a escribir su biografía, casi de todos conocida, sino un breve comentario. Me choca que la historia natural se manche con falsedades que la desacreditan.

Mal conocen al gruñidor porcino los que le tachan de estúpido, desaseado y de carne malsana.

Cuántas veces un niño o un adulto, un viajero, se pierden en las calles de una ciudad, en las encrucijadas de un camino, en las tortuosidades de un bosque. Un Cerdo no se extravía jamás: algunos que han sido coducidos a través de las selvas y ríos caudalosos, guardados en sacos opacos y burdos, a lejanos lugares, se devolvieron solos, repararon las peligrosas corrientes y en poco tiempo estuvieron de nuevo en la abandonada e inhospitalaria habitación. ¡Cómo siguen los simples lechoncillos, no ya a sus madres, a quien los cría y alimenta! ¡Cómo se dejan educar y dulcifican su natural feroz!

No es desaseado el Cerdo. Se revuelca en el fango porque allí encuentra animalillos de que se nutre y porque así se preserva de enfermedades de la piel que le son propias; por lo demás, siente gusto especial en bañarse, cuando puede, en aguas cristalinas, y nunca, como los otros animales domésticos, se acuesta sobre sus deyecciones, sino que las arroja lejos de la porquera. Su fama de suciedad procede de mala observación. Mientras tanto, el noble Caballo, el engreído Buey, la candidísima Oveja llenan sus establos con los desperdicios de su digestión.

Muchos sabios naturalistas han demostrado, sin que de ello quede duda, que la carne del Cerdo no comunica la lepra ni otra enfermedad, como se había antes creído; al contrario, la consideran nutritiva y sana.

Nació el Cerdo como predestinado a que le aborrezcan, le engorden y se lo coman. He oído decir que su corazón es muy semejante, por su tamaño y forma, al nuestro, es decir al de los bimanos, tan soberbios: participo de la misma opinión y me parece que la naturaleza nos humilla para castigar nuestra presunción.

El Cerdo tiene lugar preferente en el escudo de armas de Avila, en España, y si no ha habido poetas que le canten, porque, en verdad, no alcanza a inspirar madrigales ni idilios, estamos, eso sí, en el deber de no menospreciarle, pues nos alimenta; de no calumniarle, porque falseamos la Ciencia.

## VI - EL MURCIELAGO

¡El Murciélago! Camilo Antonio Echeverri me perdone el desacato pues un mismo nombre llevan su inmortal artículo —gloria de la literatura de la Montaña— y estas pobres líneas que se deslizarán casi sin ruido, lentas e ignoradas, hasta unirse con el torrente de las frases de aquél, cristalinas y sonoras, despeñadas ya en espumosa cascada desde las alturas de su genio.

¿Conocéis el sombrío quiróptero? Es un pobre animalejo, especie de brujo cargado de hechizos y maldiciones que le han conducido a la picota del ridículo. Ha sido desde la antigüedad, y continúa siendo, un problema indescifrable y, por añadidura, algo como una encarnación satánica.

Moisés, que bebió la sabiduría primitiva en los templos egipcios, le consideraba como una ave, ave impura.

Aristóteles le miraba como pájaro nocturno; raro, por no tener cola ni plumas y sí alas muy desarrolladas.

Plinio se asombraba al considerarle como ave vivípara y mamífera.

Spallanzani suponía que el animal de que trato tiene un sexto sentido que le guía en las tinieblas.

Y mil delirios más que llevaron el misterio en pos del alado mamífero, ciudadano de la obscuridad, de las ruinas y el espanto.

Con el transcurso del tiempo, se desvanecieron las extravagancias de los filósofos, de suyo estrambóticos y supersticiosos. Carlos Lin-



neo vió el Murciélago, le compadeció quizá y creyó conveniente encumbrarle, nada menos, hasta el grupo de los antropoides. Allá está el fantástico volador pilífero, en la clasificación linneana, al lado de los Hombres de la Selva y del mismísimo **Animal implume bipes** de Platón. A nuestro altísimo asiento le condujo con su pluma el gran naturalista. Allí se le vió tranquilo.

Es, pues, el Murciélago, un remedo de hombrecito enano, liputiense; peludo y sin cola como los Monos superiores; con manos perfectas con que pudiera manejar el lápiz y escribir su historia sombría y misteriosa. Su hembra es una mujercilla grotesca, de arredondados pechos con que amamanta su hijuelo a quien abraza estrechamente como lo haría una nodriza; sus alas elásticas la cubren como amplia mantilla negra, de pliegues característicos y undosos.

Mas no permaneció largo tiempo en su puesto de honor el extraño, semidiabólico avechucho. Jorge Cuvier, el primero, le degradó hasta el escalón de las fieras; pero hoy se le puede clasificar así: tipo de los vertebrados, clase de los mamíferos, orden de los quirópteros, familia de los vampiros.

Se conocen más de trescientas especies de Murciélagos esparcidos por toda la Tierra. Se les halla hasta en regiones que, como la Nueva-Zelandia, carecen en absoluto de otros mamíferos.

Entre las muchas especies que enriquecen la Fauna colombiana, es notable el **Phyllostoma spectrum** o Vampiro cuyo distintivo especial es un apéndice en forma de hoja lanceolada que lleva sobre la nariz. Es frugívoro y abunda en nuestros valles ardientes. Una costumbre le ha hecho célebre: ataca de noche a otros animales y aun al Hombre, y les chupa la sangre, líquido a que es en extremo aficionado. A esta circunstancia debe su nombre de Vampiro.

Según una leyenda, popular en Hungría y Grecia, es **Vampiro** un muerto que abandona a media noche el cementerio y, silencioso y voraz, va en busca de los vivos, que duermen a esa hora, les abre las venas y sorbe su sangre hasta quedar saciado; luego regresa a su lecho de tierra y permanece en su condición de cadáver hasta la noche siguiente.

¿Será esta conseja sólo travesura de la imaginación de los antiguos pueblos? ¿Será, más bien, representación sutilísima del avaro, del agiotista que exprime al desdichado que apresan sus uñas y absorbe hasta la médula de sus huesos?

No podré decirlo. Sólo sé que en nuestras oscuras tenduchas, en escondrijos tenebrosos, hay Vampiros de dos géneros: unos que chupan la sangre y otros el dinero de las víctimas que adormecen con su fúnebre aleteo.

## VII - EL CABALLO DE PALO

Entre mis defectos de temperamento, que no puedo ni debo ocultar, sobresale cierta excentricidad que no se aviene con mis ideas estéticas y que, ciertamente, es antipática. Si lo debo a atavismo o a defecto de educación, no lo sé. Lo cierto es que hay en mi carácter u-

na buena dosis de extravagancia, de que no puedo prescindir. Amo las tempestades y las ruinas; me gustan las plantas venenosas y los animales feos; entre éstos me preocupan y atraen el Cerdo y el Murciélago, las Arañas y los Cangrejos; además, soy entomófilo entusiasta.

Desde tiempo atrás he cultivado relaciones íntimas con algunos insectos y he congeniado especialmente con un lepidóptero sombrío y de mal agüero, conocido por el vulgo con el nombre de **Bruja**; el mismo que me ayudó una vez a descifrar un manuscrito que, probablemente, conocéis.

A la hora del crepúsculo le siento revolar en medio de los árboles del huerto, luego le veo entrar, con toda confianza y gravemente, en mi cuarto, y mientras trabajo se asienta en un ángulo de mi escritorio, se cubre con su capa obscura y allí, a mi lado, vela cabizbajo. Al contemplarle tan cerca, no siento el horror que inspira comúnmente; al contrario, le acojo con cariño y hasta —no me vais a creer— suelo platicar un poco con él. Nuestra amistad es sincera y nos entendemos con franqueza propia de un verdadero compañerismo literario y casi científico.

Cuando publiqué, hace pocos días, nuestra traducción de las **Memorias de una Oruga**, el pueblo entero de los insectos —que es muy amigo de leer los fragmentos de periódicos que encuentran en las callejuelas y caminos— se entretuvo horas enteras en comentar los apuntes sugestivos del joven Lepidóptero en vía de metamorfosis.

Una mañana oyó el insecto amigo mío, al pie de un Rosal, entre la grama fresca y húmeda, una conversación interesante de un **Caballo-de-palo** y sus camaradas de jolgorio. Parece que todos habían hecho repetidas libaciones de un líquido espirituoso que ellos llaman, en su lengua monosilábica, **nor**.

Tal animalillo es un exápodo perteneciente al orden de los ortópteros y que, a primera vista, parece un pedazo de rama seca; quizá sea la cabalgadura de rapaces ignotos que corretean y juegan en lo más oculto de las arboledas durante las noches de luna. Su verdadero nombre es **Proscopia scabra** Klug; carece de alas y tiene más de un decímetro de longitud.

El mencionado ortóptero es un neurasténico incurable y un poco intemperante de palabras. No transcribiré su discurso extenso y enfadoso, porque aborrezco las narraciones largas. Lo extractaré.

Se lamentaba el tal insecto de su vida miserable entre las hierbas que pisotean los ganados, donde sólo se aspiran olores ingratos y vulgares, mientras otros exápodos se embriagan de néctar y de aromas suavísimos y aristocráticos; ellos son libres y casi todos vuelan sobre los campos en busca de aventuras, se bañan en los torrentes de luz que se ciernen por entre los follajes de los bosques y son unos felices calaveras, y él carece de alas y se ve obligado a reclamar su pitanza a los pajonales resecos y a los tallos rastreros; él carece de gracias naturales, es desmedrado y flaco, mientras ellos lucen vestiduras deslumbrantes y formas esbeltas y simpáticas; en suma, decía que la naturaleza se había comportado con él como madrastra descastada, malévola y ruin.

El auditorio del **Caballo-de-palo**, compuesto de Saltones, Grillos y otros animalejos de su laya, aprobaron la peroración.

Mas mi amigo —el sombrío y de mal agüero— tomó entonces, de modo muy correcto, parte en el palique insectil. “La naturaleza, dijo, no es madrastra; es una madre cariñosa y buena, que se esmera por la dicha de sus hijos y distribuye sus dones con equidad maravillosa. Si los Cocuyos ostentan de noche sus antorchas deslumbrantes, en cambio esa luz atrae sobre ellos a todos los enemigos de su raza; si las más emperejiladas Mariposas gastan trajes recargados de rica pedrería y vuelan donosas y galanas, sus mismos colores convidan a las aves que las solicitan para ingerirlas en su vientre; si las Libélulas llevan vestidos de gasas impalpables y, coquetas, se deleitan en mirarse en el cristal de las lagunas, allí cerca, en los juncales de la orilla, viven escondidos centenares de animales que las aguardan para devorarlas... En tanto el Ortóptero conferencista vive pobremente, es cierto; no deslumbra en las tertulias de insectos acicalados y galantes; pero con su color engañoso de madera, su aspecto antipático y su aire seriote, obliga a los demás animales a que le respeten, le miren con recelo y le dejen en paz. Parece que el señor **Caballo** —y suprimió el **de Palo**, porque el Proscopia considera ese complemento gramatical como un insulto— hubiera sido educado por el Hombre. El animal así llamado, jamás está contento con su suerte y es un acervo de envidia y de rencor; no sabe, o aparenta no saber, que los seres humildes tienen un tesoro en la tranquilidad de su vida ignota, mientras los magnates están asediados continuamente por el odio de los demás y amenazados por el veneno, el plomo o el puñal”.

Así habló el sombrío Lepidóptero, y un rumor de aplausos estrepitosos resonó en la pradera.

## VIII - EL CONDOR

Cerca del límite de la nieve, en lo más breñoso y cerril de la gran Cordillera, construyen sus nidos los Cóndores andinos. Estos son aves de rapiña de la familia de los Vultúridos, a los que los ornitologistas dan el nombre de **Sarcorhamphus Cuntur** Dum.

Vaya una ligera descripción. Es el Cóndor de notable tamaño, como de un metro de la cabeza a la cola; las alas son grandísimas, pues abiertas tienen hasta 5 metros de un extremo a otro; el cuello —especialmente en el macho— es desnudo, así como la parte alta de la cabeza, la garganta y el pecho; el pico es fuerte, encorvado en la punta y guarnecido de carúnculas; las patas están armadas de uñas resistentes y ganchudas. Según Caldas, hay dos especies: el uno es de color negro subido, con un hermoso collar blanco; el otro es enteramente pardo.

Cierto día, el cielo está azul, inmaculado; no se percibe un cirrus en la inmensa comba del firmamento. El Cóndor entonces mira con fijeza el Sol y se dirige hacia él; se baña en su luz de fuego, con lo que su plumaje abrigado resplandece. Pronto está más alto que los más elevados cerros de los Andes, más que el Tolima o que el

Ruiz; ante su vista se desarrolla difuso un horizonte casi ilimitado; su mirada penetrante distingue los últimos confines de Colombia. Sube y sube más: el cielo se oscurece, está casi negro; allá abajo parece estremecerse la llanura, caldeada por el Sol. Y asciende más: se sumerge impávido en una atmósfera enrarecida y asfixiante; el cielo está ya negro como tinta; las constelaciones resplandecen en pleno día; un silencio absoluto domina en aquellas regiones inexploradas por seres humanos. Se agotó el oxígeno; empiezan las soledades del éter. El Cóndor lanza una última y atrevida mirada al astro del día, y se devuelve a su nido.

Otro día, el Cóndor otea, positivista y feroz, desde el agujero donde guarda su prole, el anchuroso horizonte; percibe a lo lejos pingües cortijos y floridas granjas; por allí triscan juguetones los cordeiros y corretean asustados los cervatillos. El insigne rapiego, terrible morador de las alturas, siente ahora hambre y sus polluelos chillan en el nido. De repente, se lanza al llano; al romper el aire con su cuerpo de acero, aquél cruje como una tela que se rasga; su sombra se proyecta abajo, oscura y gigantesca. Pronto regresa con las garras ensangrentadas y los ojos inyectados, insolente, degradado; arroja a sus pichones el cadáver del indefenso mamífero que atrapó con crueldad, y vuelve a su atalaya de piedra, donde sigue escudriñando, rabioso y feroz, el paisaje inmenso.

Parece que en este accipitre excelso hay, como en el Hombre, cierta dualidad misteriosa: el **alma**, orgullosa y pura, y la **bestia**, rastrea e inmoral. Pero no me inmiscuiré en embelecos filosóficos: remito el lector estudioso a Xavier de Maistre y a las crónicas sobre Alejandro, Aníbal, César, Napoleón. En la lucha con la bestia, suelen sucumbir las almas de los que la Historia llama Grandes.

El Hombre, a veces, se lanza audaz a las regiones del ideal y quiere conquistar mundos de luz y poesía; otras, se arrastra —sin ilusiones ni fe— por los senderos estrechos de la más prosaica animalidad.

Me refiero, es claro, al Hombre de talento. Hay a su lado, una humanidad entera que no es mala, es cierto, que es correcta y sana, pero que, como el Currucutú de nuestros campos, es enemiga de la luz, y no se remonta, ni remontarse podrá, a las altas mansiones del pensamiento. Es la manada hominiana que corre precipitada por el camino del olvido; son los ceros que ruedan, como guijarros, al abismo. Ahí vamos, los más.

## IX - EL SAPO

Los zoólogos clasifican el Sapo de nuestras lagunas así: tipo de los vertebrados, clase de los batracios, orden de los anuros, familia de los ránidos, género y especie **Bufo thyphonius**, de Linneo.

El Sapo es un animal que no debemos desdeñar, como lo hacen los lechuguinos y damiselas, que no saben sino hablar por hablar. Desgraciadamente, la naturaleza se portó un poco mal con él. Ella, que dió brillantes colores y figura esbelta a los pájaros y a las mariposas, que engalanó sin asomos de cicatería a las flores y las hizo amables y simpáticas, dotó de vil presencia al pobre anfibio, le hizo feo (y lo de-

cimos los hombres!), atontado (¡y lo dicen las mujeres!) repugnante (y lo dice el género humano!) y hasta cierto punto despreciable. Hoy carga con el odio de los ignorantes y la malquerencia de todos. En esto se parece el Batracio al Hombre bueno.

La historia natural del **Bufo thyphonius** es muy interesante. Vamos a verla. No le describo porque de todos es conocido y nadie le confundirá con otra especie animal. Es amigo del agua, pero generalmente no vive en ella sino en la época de la reproducción. La aproximación de los sexos se verifica como en los Peces. El macho no requiere a su hembra sino para extraer —con delicadeza y cortesía batracias— los huevos que, en forma de rosario, pone la última en las lagunas y pantanos, entre juncos y algas, y los va fecundando exteriormente a medida que salen a luz. Es, pues, un animal virgen y frío por excelencia; fríos son la piel, la sangre, el corazón. No tiene las pasiones que arden en el organismo de casi todos los representantes del mundo animal y que aun hacen estremecer de amor a las flores.

Sin embargo, son tantas las preocupaciones del que solemos llamar vulgo y del que efectivamente lo es, que se le ha considerado como animal lúbrico, desprovisto de decencia y pudor. Me cae en gracia esto último: el pudor no existe en la naturaleza.

Esos collares de huevos que habéis visto, probablemente, sobrenadar en las aguas de arroyos y lagunas, dan origen a unos animalillos semejantes a pescados, que luego nadan con asombrosa actividad, provistos de branquias y de costumbres idénticas a las de los vertebrados de esa clase.

Pero el cambio es asombroso: la metamorfosis, dicen los zoólogos. A los pocos días, el joven batracio, por reabsorción de la cola y de las branquias y por la adquisición de pulmones y patas, se transforma notablemente. El Sapo es ya un animal de respiración aérea que lleva una vida semejante a la de los reptiles, aunque se diferencia todavía de éstos en que tiene la piel desnuda y no cubierta de escamas.

Nuestro anuro anfibio se da entonces a la tarea de amedrentar a las gentes ignaras con sus saltos nerviosos e inesperados y a incomodarse seriamente cuando le faltan al respeto y da a conocer su descontento secretando un líquido lechoso, extremadamente tóxico según la opinión de algunos campesinos y de muchos habitantes de las ciudades, aun de Europa.

Creo que el líquido que secreta la piel del Sapo —llamado **bufina**— no es un veneno muy activo, sino cuando por inoculación se pone en contacto inmediato con la sangre, como pasa con el de las serpientes. Pero creer que, en sus accesos de mal humor, arroja a lo lejos la “leche” y envenena a aquéllos a quienes mira mal, es una simpleza, una candidez lastimosa.

El batracio de que trato es objeto de horror para los niños, las mujeres y los hombres pusilánimes, pero en mi concepto es inocente y útil porque devora gran número de animalillos dañinos, como orugas, insectos, babosas, gusanos, etc.

Las gentes del campo le atribuyen virtudes extraordinarias contra varias enfermedades (erisipela, entre otras) y sirve para ciertos filtros y específicos.

Me parece que amo al Sapo. Quizá porque todos le aborrecen, y soy un poco amigo de condolerme del desgraciado, y también porque sus gritos monótonos, que se oyen como eco de tamborcitos de guerra en las noches calurosas de verano, producen en mi alma una suave melancolía que me deleita.

## X - MYSELEPHAS

Acaba de morir Azad —el Príncipe Negro— de la dinastía de los Gatos Romanos, guardián de mi biblioteca. La Princesa Fadh, su blanca consorte, del linaje de Angora, se retiró a lo más obscuro de la estantería, para entregarse a solas a su felino dolor.

Los Ratones —o sea unas docenas de ellos— que hacía algunos meses comían el pan del destierro en casas cercanas a la mía, sintieron los aromas de los pebeteros que se consumían en la capilla ardiente del monarca Negro; y, queriendo disfrutar del sin igual placer de asistir a los regios funerales del que en vida los oprimió tiránicamente, hicieron brusca irrupción en la mansión tranquila de mis libros.

Se apoderó de los diminutos roedores una loca alegría, efecto quizá de las fúnebres libaciones que en nuestros velorios se acostumbra, o de la reacción consiguiente después de su largo y forzado exilio. De los rincones iban saliendo en ruidosos tropeles; los agujeros de los muros parecían vomitar un ejército de graciosos y amables **Mus musculus** de Linneo.

Algunas obras de este sabio sueco, que mucho se ocupó en la clasificación y detenido estudio de los otolondrados múridos, y otras del insigne Buffon, que se atrevió a escribir algunas páginas un tanto denigrantes respecto a la honradez y sobriedad ratonescas, fueron presa codiciada y atacada con furor por los asaltantes, mientras se hacía la inhumación de los restos de Azad. Y ya sabéis cómo devora ese pueblo glotón el papel: tanto como el pan, el queso y otros artículos alimenticios.

Aunque advirtieron mi presencia, continuaron su malhadada **obra de destrucción** e irreverente jolgorio, en que mezclaban chistes vulgares con chillidos de alegría. Como yo necesitaba un cuadrito zoológico para esta pequeña colección, me propuse observarles candorosamente desde mi escritorio.

Todos eran bien configurados, esbeltos y ligeros; de porte distinguido; un poco locuaces y de voz afeminada; también me parecieron inteligentes. Perdónenme éste adjetivo los intransigentes devotos de su propio modo de pensar. La verdad debe estar en su puesto. Es un delirio de megalomanía que quieran hacernos creer los filósofos, que sólo el Hombre es inteligente; por más que les duela, hay muchos Perros y Caballos de mejores facultades intelectuales que algunos seres humanos.

Inteligente es el Ratón; lo es menos que el Mono y mucho más que el Carnero: como una personilla ordinaria.

Un acontecimiento extraordinario turbó de repente aquella especie de orgía irrespetuosa y desordenada. Los ratones palidieron, se miraron atónitos, callados. Acababa de ingresar en la Asamblea un sér

misterioso. Era un Ratón —¿se podrá dar este apelativo vulgarote a aquél mamífero que pudiera suponerse originario de otro mundo?— un Ratón de tamaño ordinario; blanco como un armiño de invierno; de cola casi nula, y —¡asombrosos!— con una trompa larga y movable como la de los proboscidios. Si yo fuera dibujante, no resistiría a la tentación de estampar aquí su retrato. ¿Sería un minúsculo Elefante de algún Siam maravilloso del país de los Liliputienses? Tal parecía.

Los demás ratones, en profundo silencio y con respeto religioso, se preparaban a hacerle al recién llegado una solemnisísima ovación, con caracteres de apoteosis, cuando inopinadamente percibieron la silueta felina de Fadh, la alba Princesa, que se dibujaba en un muro, y se desbandaron con prodigiosa rapidez. La Gata, un poco consolada o quizás hambrienta, volvía a mi biblioteca a imponerse a la nación ratonesca con sus garras aceradas y sus ebúrneos dientes.

## XI - EL PEHUEN

Hace ya mucho tiempo que está el árbol en agonía lenta. Hoy me parece ya muerto. Pero siempre majestuoso, altivo, como los pobladores de las comarcas que fueron su patria.

De su tronco, recto y vertical, se desprenden, de trecho en trecho, ramas horizontales y simétricas, como brazos de un candelabro prodigioso. Es *Araucaria imbricata* o Pehuén de los indios chilenos.

Esas ramas, cubiertas antes de un follaje verde, tupido y fresco, lo están hoy de bromeliáceas epifitas de aspecto musgoso y salvaje.

En medio del parque, entre el cuchicheo y charla de las hojas y al són del canto del agua melodiosa y dulce se percibe el cadáver del Arbol; erguido como un fantasma; como un hijo de Arauco.

Esta mañana, todavía cantaban los pájaros sobre su ramaje muerto: cucaracheros, pinches y turpiales. Para ellos, el gigante del jardín vive así como los semidioses de la Fábula.

Una *Monstera pertusa*, hermosa trepadora que le ama, se abraza a su pie y asciende, acariciadora y dulce, por el tronco, en busca del apoyo de sus brazos. Me dió tristeza verla, porque noté su follaje desgarrado: quizás se rompió de dolor.

A la pobre conífera la mató la nostalgia de sus frías selvas donde retumban las tempestades y tienen sus conciliábulos los vientos que conspiran contra el Hombre; contra el *Homo sapiens*, que hace clavos a sus hermanos, a los animales y a las plantas.

Ahí en el parque aún hay más extranjeras: un *Grevillea robusta*, que se empina como si quisiera alcanzar ver a las florestas australianas; un *Letania borbonica*, que suele canturrear al soplo del viento tonadas melancólicas de la isla de Reunión; una palma *Chamaerops humilis*, regordeta y delicada, suspira bajo el ramaje de árboles indígenas, por las playas sonrientes del Mediterráneo.

¡Oh, Arbol, víctima de la tiranía humana: muchas veces me senté a tu sombra y pensaba que algún día te había de admirar más cuando fueras corpulento. La suerte se burló de ambos. Pero si te ma-

tó el amor a tu tierra de libres, yo también siento nostalgias de otra vida. Adiós!

Me despedí de la amable Araucaria y al dirigirme a mi habitación, iba preocupado con la suerte de los árboles en esta tierra de opresión y esclavitud. Sí, aquí todos somos esclavos: los ricos, de sus vicios y del oro; el pobre, del mercader y del casero; las mujeres, de la moda y del deleite; los animales, de los amos más polimorfos, desde el picador hasta el cochero; las plantas... en fin, todos.

Concretándome a los árboles, diré que se les ha hecho una guerra tan inconsistente y cruel, que las faldas de las montañas que nos rodean están estériles y calvas; dejan correr por sus vertederos los últimos restos del humus de las alturas, salvador y fuerte.

Se mata a los árboles como se asesina a los pájaros: por capricho unas veces, por avaricia otras, por imprevisión siempre. El hacha está continuamente levantada, como la guillotina en los días de la gran Revolución.

¿Por qué no os acordáis de que el árbol está unido a nuestra historia íntima, a los recuerdos más gratos de nuestra infancia? Bajo él juegan los niños, hacen columpios y comen de sus frutos; se entretienen y forjan ensueños los amantes; sonríen y cuentan viejas historias los ancianos. Respetad al árbol; no lo matéis sino cuando las necesidades lo exijan, pues él da, desde las cunas para los recién nacidos hasta los ataúdes para los muertos.

La ciudad, es verdad, aprecia a estos queridos amigos vegetales: se les cultiva, se les poda, se les trata bien. Pero hoy, merced a un parásito incontenible, especie de *Tillandsia*, que prospera hasta por los alambres tendidos en las calles, los árboles de las avenidas y los parques están enfermando. Y se morirán con la propagación del citado comensal, como perecen las personas atacadas por bacterias patógenas que invaden su organismo.

Hay que salvarlos.

## XII - Y YO TAMBIEN

Carlos Linneo trazó una imagen de encantadora novedad, cuando escribió este pensamiento que me parece sublime: "Conmovido, ví a Dios por detrás cuando pasaba, y me quedé pasmado". Este rasgo de poesía espiritualista es digno del gran pensador que tantos secretos arrancó a la naturaleza.

En los libros de los naturalistas es frecuente encontrar ideas muy interesantes, que a un mismo tiempo instruyen, levantan el carácter y abren a la mente horizontes infinitos en las mansiones de lo bello.

Un día subí —quizá fue solo un sueño— a la alta cima de las cordilleras. Ví el Ciervo, de fantástica cornamenta, saltar por los peñascos y perderse entre las hondonadas donde duermen las neblinas y cuelgan los torrentes sus cascadas de cristal; contemplé el Cóndor que anidaba entre bloques de rocas graníticas y que de allí se lanzó a mecerse en las soledades enrarecidas de las altas capas atmosféricas; los Gallinazos y los Guales proyectábanse como manchas negras —a modo



de acentos circunflejos— en el cielo azul obscuro, y giraban en intrincadas curvas por encima de las tempestades y las trombas. Mientras tanto, un número incalculable de organismos discurría por todas partes y establecía sus colonias en las cristalizaciones de la nieve, en los intersticios y aristas de las piedras, en el aire mismo; todos potentes y dotados de una actividad orgánica y tenaz para la vida. Al ver tantos seres, que luchan sin tregua y cumplen imperturbables su misión, impulsados por fuerzas misteriosas que jamás conocerá el Hombre, comprendí que Dios había pasado por allí, y le miré de lejos.

Bajé a los valles templados, a la región de los árboles copudos y las flores especiosas. El Sol se miraba en las lagunas azules e irisaba el manto vaporoso de los torrentes; los vegetales se estremecían a impulso de las corrientes aéreas que subían de la llanura, y dejaban escapar en explosión incontenible las infinitas partículas de aromas de sus flores. Y como era de mañana, las Garzas se levantaban de los aguazales y pantanos, y, en bandadas, iban a posarse en las playas solitarias de los ríos, a la sombra de los cañaverales melancólicos; los ganados recorrían las laderas de las colinas y lanzaban sus gritos especiales, ya declaraciones de amor, ora desafíos provocados por el odio; el humo se levantaba de las cabañas en ligeras columnas que luego se esparcían, como *estratus*, por el fondo del paisaje; los cantos de los labradores se perdían en las quebradas de la montaña, las que a su vez despedían ecos agrestes. Al atardecer, las Palomas montesinas se escondieron en los matorrales y las grietas de los peñascos; las Dormideras mostraban sus inflorescencias globosas de matices rosados y se entregaban discretamente al sueño; las Zarzas de los vallados juntaban, en mística actitud, sus folíolas y parecían meditar, tal vez oraban; los Sauces se destacaban como escuadrones de fantasmas apenas visibles en la semiobscuridad de la tarde, alineándose en batalla a orilla de los caminos, los cortijos y los sotos de los riachuelos; el viento sacudía las frondas de las arboledas produciendo rumores que decían claramente a mi alma: "Por aquí pasó El".

Después descendí —me pareció al menos— a la llanura ardiente, y contemplé espectáculos más variados y de tonos más subidos. El Jaguar dormitaba, aperezado y terrible, en la sensual obscuridad del bosque intacto; los Monos aturdían las soledades inmensas con su vocinglería salvaje; el Boa arrollado en espiral, se calentaba al sol y, de cuando en cuando, levantaba la enorme cabeza, espionando el pobre mamífero que, fascinado, había de caer en su hondo vientre; el Tucán repetía su oración de amor en que ruega a Dios por el hijo de la selva; en tanto que las locuaces Guacamayas volaban en multitud desordenada y pintoresca, y cansaban los ámbitos del bosque con sus chillidos desapacibles; los Ofidios venenosos se deslizaban bajo los troncos caídos y la hojarasca seca, silenciosos y cobardes. Dominaban el paisaje soberbios Guayacanes, desprovistos de hojas pero vestidos de ricos mantos de flores de oro o de rosa, y altos Jacarandás que, también sin follaje, ostentaban sus corolas moradas, con que el viento tapizaba después el suelo, como en espera de Alguno que vendría; aquí y allá, las Palmas, con libre y casta desnudez, mostraban las formas esbeltas de sus altivos ástiles, y sus penachos que se estremecían en una atmósfe-

ra de fuego. Toda esa flora tropical —la más hermosa de la Tierra— producía un armonioso murmurio como el de un pueblo oculto que se agita y rebela bajo el oleaje de las hojas, en el fondo de las cavernas y en la espesura de los árboles.

Tantas escenas —que condense en estas líneas, con tosquedad de aficionado, pero que serían tema para un libro el más delicado y sentido que pudiera salir de humana pluma— conmovieron mi corazón, exaltaron mi cerebro y yo también quedé pasmado de admiración. **Eum expergefactus transeuntem a tergo vidi et obstupui!**